

en memoria

José María Tobío

Vino al Instituto José María Tobío hace 28 años, pleno de entusiasmo, de vitalidad, de fuerte sentido de humor y de gallega ironía: todo ello al servicio de una inteligencia rápida, penetrante, pragmática. Le gustaba trabajar con verdadero entusiasmo, motivado por una bien controlada audacia para alcanzar algo un poco mejor, más avanzado, pero siempre dentro de las posibilidades concretas del momento. Era el científico que todavía no es muy frecuente en España, pero sí en los países anglosajones: aquel quien une al razonamiento teórico una afición grande a la experimentación y a la realización personal, sin ayuda de intermediarios. Vivía la vida a la vez con juvenil energía y con equilibrada continuidad. Estudiaba, inventaba, conjugando espontáneamente la actividad pensante y el trabajo manual. Le era tan natural redactar un trabajo científico, y traducirlo él mismo a máquina al inglés, como construir, en todos sus detalles, un nuevo artefacto electrónico.

Después de una brillante carrera universitaria se doctoró con una tesis excelente sobre el comportamiento dieléctrico de las pastas de cemento durante el proceso inicial de fraguado. Fue uno de los primeros profesores de investigación del C.S.I.C., y como Jefe del Departamento de Metrología dio a éste un carácter eminentemente práctico y flexible. Publicó un utilísimo libro sobre Ensayos no Destructivos, además de un buen número de otros trabajos, la mayoría sobre distintas aplicaciones de la electrónica. Ultimamente dirigía dos tesis doctorales en el Instituto; y fuera de él, dos prestigiosas revistas sobre química técnica. Asistió a numerosas reuniones, congresos y comisiones, nacionales e internacionales, haciendo un buen papel, ya que a sus bien fundamentados conocimientos unía una atrayente calidad de orador dialéctico y claro.

Como ser humano en el mundo, José María Tobío quizá sentía una duda sistemática sobre lo existente: por un lado era muy consciente de la aparente posibilidad ilimitada de progreso del hombre científico, pero en cambio le afectaba hondamente el espíritu conflictivo y agresivo de tantas personas. Ello le movía a retraerse e inhibirse algo más de lo que espontáneamente deseara. Era afectuoso, buen compañero, y disfrutaba de un extenso entorno de antiguas y fieles amistades. Esto, y la clara felicidad que le proporcionaba su unida vida familiar, fueron en sus últimos años apacible recompensa a la fuerte lucha de su juventud.

Hombre eminentemente sencillo y directo, jamás demostró la menor arrogancia o empaque profesional, y quizá esa misma sencillez le llevaba a aceptar con naturalidad la vida. En ese sentido su marcha repentina, definitiva, de este mundo, cuando estaba en pleno vigor de curiosidad intelectual y de participación en la vida, nos vuelve a plantear la cuestión: ¿Qué continuidad con todo lo existente tiene cada ser humano? ¿Puede perderse definitivamente un hombre en el pasado, dejando atrás sólo un leve rasgo de recuerdos y alguna pequeña contribución a la cultura? Nos parece seguro que toda la aparente irreversibilidad del tiempo lo es sólo provisionalmente: en la vasta unidad de las cosas, los acontecimientos pasados, por particulares que sean, sin duda tienen una cualidad repetitiva, que, como los factores primos, vuelven a aparecer cíclicamente a medida que la variable total de lo existente continúa aumentando. Con esa confianza en la esencial unidad de todas las cosas, que por cierto es la base del quehacer científico, decimos con mucho afecto «hasta algún remoto día» a uno de los más antiguos y destacados compañeros del Instituto Eduardo Torroja.

NORMAN BARRACLOUGH